

Nuevo como el Evangelio

JULIÁN ROS

Hay muchas incertidumbres e inquietudes que últimamente expresamos con un sinfín de preguntas: ¿Cómo podremos llegar a la normalidad? ¿De qué manera y cuándo podremos tener las catequesis? ¿Cómo afectará la pandemia al trabajo y la economía de tantas familias?... Casi de un día para otro, la enfermedad y la muerte, junto a las medidas de confinamiento y distancia social, han puesto patas arriba todos nuestros planes y proyectos.

Pero “hay algo que traigo a la memoria”, algo que “me viene al corazón”, algo que me da motivos para esperar; es decir, Esperanza: “que la ternura del Señor no se acaba”, que “no se agota la bondad del Señor”, ni se agota su misericordia (cf. Lamentaciones 3, 21-22). Algo no ha cambiado entre el antes y el incierto después de la pandemia: el

Amor que Dios Padre nos tiene y nos ha manifestado en la vida de su Hijo Jesús y en el envío del Espíritu Santo. Desde este sólido fundamento, podemos mirar y afrontar el futuro. No sabemos cómo se irán desarrollando los acontecimientos, pero tenemos la seguridad de poder apoyarnos en Dios. Por eso, para nosotros, la “novedad” no debe ser nunca “la nueva normalidad”. Para ti y para mí, en definitiva, para la Iglesia, la novedad radical sucede cada mañana cuando “se renuevan” la ternura, la bondad y la misericordia de Dios (Lam 3, 23). Esto sí que es verdaderamente “nuevo” y fascinante.

Y, por eso, nuestro actuar ante el próximo curso será viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo. Sean cuales sean las circunstancias que nos toquen vivir, lo haremos

confesando y proclamando nuestra fe en Jesús, celebrándola en la Liturgia y los Sacramentos, y realizándola en la Caridad. Ante la enfermedad, las autoridades recurren a la llamada continua a la “responsabilidad personal”. Ante el mundo que nos toca vivir, los cristianos nos sabemos llamados por Dios a responder a las vicisitudes de la historia de la humanidad desde nuestra responsabilidad de bautizados — elegidos desde la eternidad para ser hijos de Dios—, discípulos misioneros, y desde nuestra responsabilidad de comunidad de discípulos en la Iglesia, de la que somos miembros. Como en la primitiva Iglesia lo haremos junto a María, la Madre de Jesús, perseverando en la fracción del pan y la enseñanza de los apóstoles y experimentando lo bueno que es esperar en silencio la salvación que viene de Dios (Lam 3, 26).

¡Feliz verano!



Hoy se celebra la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico



En el mes de julio, numerosas familias suelen iniciar las vacaciones veraniegas con masivos desplazamientos a sus lugares de descanso. Un año más, y son ya cincuenta y dos, coincidiendo con el inicio de estos desplazamientos masivos, el Departamento de la Pastoral de la Carretera de la Conferencia Episcopal Española promueve la **Jornada de Responsabilidad en el Tráfico**.

"Jesús recorría las ciudades y pueblos" (Mt. 9,35)

Es la cita bíblica de Mateo, que sirve de lema para la Jornada de la Responsabilidad en el Tráfico 2020, el evangelista nos dice que: *"Jesús recorría las ciudades y pueblos enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y dolencia"* (Mt. 9,35). San Pedro, testigo privilegiado, lo expresará de manera semejante: *"Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, (que) pasó haciendo el bien"* (Hch. 10, 37-38). Eso significa, aplicado a nosotros, no pasar indiferente ante los problemas y limitaciones de quienes se cruzan en nuestro camino. Significa escuchar, decir una palabra de aliento, curar heridas. Significa tejer relaciones fraternas. Significa, en definitiva, amar, porque, como nos dice san Juan, *"todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor"* (1 Jn. 4,7-8).

"Expreso mi gratitud, dice el papa Francisco, por todos los artesanos del bien común, que aman no con palabras sino con hechos". Entre éstos, están *"aquellos que se mueven en el tráfico con sabiduría y prudencia, respetando los lugares públicos"*. Ser buen conductor no es alardear de ello con arrogancia y sin rubor, y mucho menos si se pretende humillar, como a veces sucede, a algún compañero. La prepotencia y el orgullo no son buenos compañeros de viaje. El verdadero compañerismo, en la profesión o en la empresa, se construye sobre el servicio, la humildad y la ayuda mutua.

"Pasar haciendo el bien", a pesar del estrés y la tensión que conlleva a veces el trabajo, no es fácil; pero tampoco imposible si uno se empeña, cada día, en ser *"artesano del bien común"*.

Todos somos testigos de cómo "la mucha prisa" genera nerviosismo y se traduce, si falta el autocontrol, en intemperancias, insultos o en adelantos peligrosos que ponen en riesgo la propia vida y la de los demás. Tengamos presente lo que nos decía el papa Francisco, advirtiendo de cómo el escaso sentido de responsabilidad está causado *"por unas prisas y una competencia asumidas como forma de vida que convierte al resto de conductores en obstáculos"*.

"La forma en que conducimos es una expresión de nuestra bondad"; lo es el autocontrol, no la ley de la selva. *"El deber de justicia y caridad, dice el Concilio Vaticano II, se cumple contribuyendo cada uno al bien común, según la propia capacidad y la necesidad ajena... sin subestimar las normas de circulación"*.

La vida, el don más precioso

Y es que *"La vida y la salud física, son bienes preciosos confiados por Dios. Debemos cuidar de ellos racionalmente teniendo en cuenta las necesidades de los demás y el bien común"*. A la luz de estas palabras del Catecismo de la Iglesia Católica, podemos entender lo importante que ha de ser para todos los conductores la corresponsabilidad y alcanzar la total seguridad vial en nuestras carreteras. Conseguir este fin es tarea de todos.

El tráfico es una realidad de la vida de cada día y sus efectos sobre la vida de muchas personas pueden ser dramáticos, pues éstos, como nos dicen los expertos, se deben a menudo a errores humanos: velocidad excesiva, adelantamientos prohibidos, no respeto de las señales de tráfico, exceso de alcohol, etc. Estos dramáticos hechos no pueden dejar indiferentes a nadie, sino, como dice el papa Francisco: *"Nuestro mundo ve cómo se multiplican los movimientos, por lo que una movilidad eficiente y segura se ha convertido en una exigencia primaria e imprescindible para una sociedad desarrollada que asegure el bienestar de sus miembros"*.

En España, durante los últimos años, vemos con agrado que los accidentes graves de circulación, así como los muertos en carretera, van disminuyendo, aunque sigue habiendo demasiado dolor y muerte. Con un mayor empeño de todos, podemos evitarlo en gran medida.

Respetemos las normas de tráfico no por miedo, sino por convicción. El papa Francisco ha apuntado, en alguna ocasión, que entre las funciones más importantes de la policía de tráfico *"está la de perseguir las infracciones de las normas de tráfico, así como prevenir los accidentes"*. Junto a las sanciones, ha pedido *"acción educativa que dé mayor conciencia de las responsabilidades que se tienen cuando se viaja"*. En su opinión, *"para incrementar la seguridad no bastan las sanciones, sino que se necesita una acción educativa que conciencie más sobre las responsabilidades que se tienen sobre quienes viajan al lado"*. ¿Pensamos alguna vez, con calma, sobre la grave responsabilidad que asumimos cuando viajan con nosotros otras personas? Es como llevar con nosotros algo valiosísimo pero, a la vez muy frágil, que tenemos que cuidar y tratar con sumo cuidado y cariño.

Animamos a no cejar en la educación vial a los niños y jóvenes de edad escolar, así como a concienciar a todos los conductores y peatones que, en buena parte, la seguridad vial depende de cada uno de nosotros, de cómo conducimos y nos comportamos. Decimos en buena parte porque somos conscientes de que hay muchos puntos negros en nuestras carreteras e, incluso, en muy mal estado el firme de algunas de ellas, que también constituyen, en sí mismas, un grave peligro para poder terminar felizmente el viaje.



Hasta el infinito y más allá: efectos beneficiosos de la gratitud

FCO. JAVIER AVILÉS



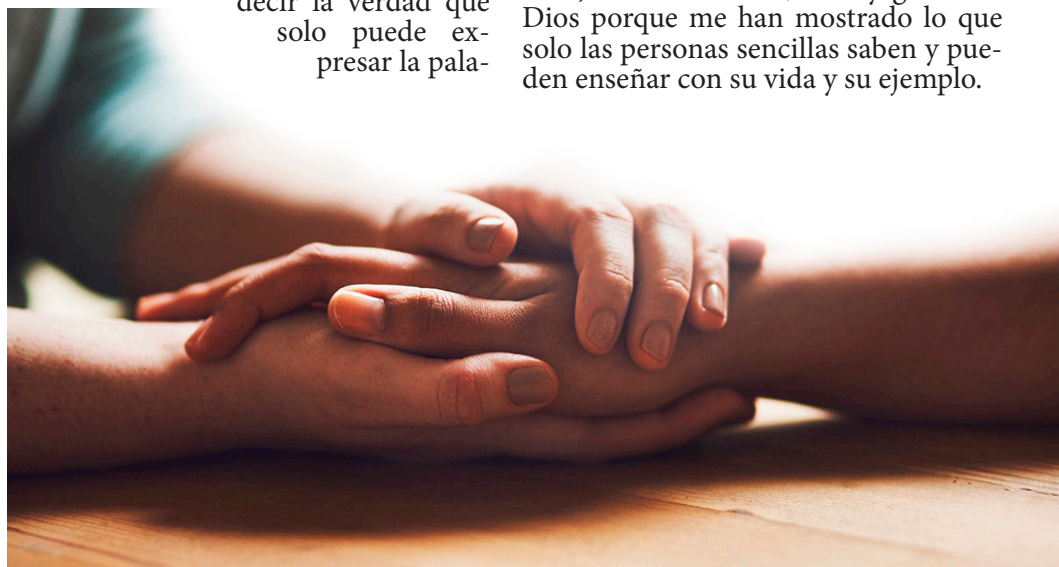
La mentira no solo tiene las patas cortas sino que, además, inculca en el alma un gen retroactivo que le hace menguar, encogerse y marchitar. Y mentir no es solo decir falsedades, también consiste en no decir la verdad del otro. Por eso, la gratitud es una efectiva pedagogía contra la peor de las mentiras que es engañarse uno mismo y creer que no le debes nada a nadie, que te hiciste tú solo y que por ti solo podrás ser feliz. Como esos alimentos que cada cierto tiempo nos dicen que tiene múltiples beneficios para la salud, ser agradecido desarrolla la humildad, afina el sentido de la justicia y, lo que es tal vez más importante, nos permite conocernos mejor y apropiarnos con resolución de nuestras propias capacidades y méritos para reconocer los del otro.

Pues Jesús de Nazaret, que no hablaba del cielo sin pasar antes por los senderos de las actitudes cotidianas y relacionales, ejerce, con notable maestría, la virtud de la gratitud. En una afirmación expansiva y llena de gozo, le da gracias a Dios porque actúa a través de los demás, porque habla por boca de la gente sencilla que ni se miente a sí misma ni engaña a otros. No obstante, tampoco en esto nos equivoquemos, la sencillez no es una bobalicona falta de sentido crítico que caracterizaría por defecto a los que, además de sencillos, suelen ser menos poderosos. Resulta laborioso ser uno mismo y no querer aparentar lo que no se es. Es muy exigente estar de verdad donde estás sin perderte en mil desvíos. No es fácil, precisamente, hacerte persona con lo que haces cada día sin aspirar a solo poder llegar a ser tú mismo obrando maravillas. No, los sencillos no lo son por ser tontos, lo son por haber encontrado lo que de verdad vale y no sacrificarlo ante falsas expectativas.

La oración de gratitud de Jesús del evangelio de este domingo, en que aparecen solo Mateo y Lucas, nos permite también descubrir en Jesús el buen

maestro que enseña, a la vez que aprende; el acompañante que envía pero, además, valora los logros de sus discípulos y de la gente destinataria de su anuncio; el Señor que también es servidor humilde, paciente y generoso. Todo un manual de estilo, tanto para quienes deben coordinar y acompañar grupos, parroquias, equipos..., y, también, a nivel social y político, ayuntamientos, comunidades autónomas o todo el país. Porque nadie da lo que no tiene ni puede enseñar lo que él mismo no continúa aprendiendo y ejerciendo, con aplicación y coherencia, a lo largo de toda la vida.

Y a un nivel más personal, que en cristiano nunca significa individualista o aislado, el ejemplo luminoso y estimulante de esta oración de gratitud que hace Jesús nos recuerda que solo por la vía de la gratitud estaremos en condiciones de ser dueños de nuestras historias y recorridos. Porque, ocurre con frecuencia que, si bien es cierto lo de que nadie da lo que no tiene, no menos cierto es que, para poder aprovechar lo que tienes y lo que sabes, antes debes ser consciente de ello, y difícilmente lo seremos si no hacemos justicia reconociendo cuánto nos dieron otros y por cuántas situaciones debemos sentir y decir la verdad que solo puede expresar la pala-



LA PALABRA

1ª: Zac. 9,9-10

Salmo: 144

2ª: Rom. 8,9.11-13

Evangelio: Mt. 11,25-30

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

bra "gracias". Por eso mismo, con el presente comentario al texto del evangelio dominical, también quiero expresar mi más sincera gratitud a quienes, con la sencillez de lo que son de veras, me han ayudado a no ser un trampantojo, una mera figura vaciada por la imagen. Personas que tienen el título de amigos, pero también de honrados trabajadores, eficientes funcionarios, políticos veraces, críticos autocríticos, vecinos ejemplares, familiares entrañables e, incluso, anónimos inolvidables. Haciendo honor a la verdad, por todos ellos, con Jesús de Nazaret, le doy gracias a Dios porque me han mostrado lo que solo las personas sencillas saben y pueden enseñar con su vida y su ejemplo.